



REVISTA SEMANAL.

Se publican cuatro números mensuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 8.º

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Cartas á Elisa: Estudios morales, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Una herencia de llanto**, por id.—**Al Sacramento**, poesia, por id.—**Solo un Dios y solo un culto**, por id.—**Seccion para los niños:** **El rescate de un cautivo**, por id.—**Variedades:** **El Médico improvisado**, por D. P. V.

CARTAS Á ELISA.

ESTUDIOS MORALES.

Réstame solo, Elisa mia, hablarte de los perjudiciales; de los que sin tener las graves faltas que a cabo de manifestarte, son presentados como perfectos modelos dignos de admiracion y de imitacion, que es lo que en verdad les hace mas terribles, y lo que justifica el dictado de perjudiciales, que yo les doy.

El que dice: «yo creo, yo espero, yo me humillo ante el Sumo Hacedor; pero no ante sus ministros, porque son hombres, porque son imperfectos, porque son censurables como yo!»

El que al hablar del poder, de la influencia, de las prerogativas de la Iglesia, se atreve á criticar sus actos.

El que da con la mano izquierda un óbolo para el sosten de las grandezas del divino culto, y señala con la derecha esa misma grandeza como una ostentacion superflua.

El que á la alabanza añade la reticencia; el que á la sumision mezcla el exámen; el que al cumplimiento exacto de sus deberes antepone las consideraciones sociales y el qué dirán, transigiendo con su conciencia en lo que su conciencia reprueba.

El que bendice á Dios públicamente en medio de la prosperidad, y al menor contratiempo, á la mas pequena desgracia con que les oprime Aquel que todo lo puede, y de cuya mano debemos recibir con gratitud la dicha ó la tribulacion igualmente; se vuelve contra la Providencia, la acusa, la apostrofa, blasfema acaso, disculpando despues su impiedad con la humana debilidad, con el exceso del pesar, con la flaqueza y la miseria del hombre.

El que ensalza los actos religiosos, pero murmura del culto externo.

El que con mil mentidas protestas quiere probar que á Dios se le debe adorar solo en el interior del santo templo; relegándole allí como si

no le fuera debida la adoracion y el culto en el mundo todo, porque el mundo todo es la hechura de su diestra!

El que no da una limosna bajo la frivola disculpa de que con la limosna se sostiene el vicio.

El que haciendo alarde de caridad cristiana se lamenta de los vicios ajenos, compadece los defectos de los demás, pero poniéndoles de manifiesto, publicándolos al par que los deplora y los afea.

El que educa á sus hijos en las máximas de que pueden cómodamente servir al mundo y servir á Dios.

El que lleva por la mañana sus hijas á la santa casa del Señor, exigiéndolas que cubran su frente modestamente con un velo; pero que por las noches las conduce al teatro, donde puedan ver bailarinas medio desnudas, ó á los saraos, donde ellas á su vez se presentan con el seno apenas cubierto.

¡Ay hija mia! cuán terrible debe ser la responsabilidad de estos modernos padres de familia! ¡cuánta debe ser tambien la de aquellos que con una mirada, con una palabra equívoca, con uno de esos *peros* de que te he hablado anteriormente, haga que un ministro del Señor pierda el sublime prestigio que le cerca; que una virgen consagrada á Jesucristo vea empañada la celeste aureola que ciñe su frente, porque siendo uno de esos católicos, á quien el vulgo juzga infalibles, hable de la inconveniencia ó la inutilidad del estado religioso; hable torpemente de los que la abrazan, sin humillarse ante la sublime y alta dignidad de la virginidad y el sacerdocio. ¡Oh! ellos no comprenden cuánta grandeza hay en esos superiores espíritus, que siendo hijos del hombre anhelan igualarse por la pureza á los ángeles y á los santos! ¡Ellos no saben admirar á esos nobles seres que, formados de polvo y lodo como la generalidad de la raza humana, se elevan, sin embargo, sobre ella, queriendo ser la imagen viva del cielo sobre la tierra!

Ellos, repito, no saben avalorar el precio de esas almas, é intentan á veces desvirtuar su sacrificio, hablando con la admiracion y el pesar pintado en el hipócrita semblante, de sus defectos, de sus faltas, de sus culpas acaso.

Los que obran de este modo, y á quienes yo apellido católicos perjudiciales, lo son mucho mas, porque á cada palabra mezclan el nombre de Dios, porque le invocan acaso en todos sus actos, y el vulgo que no sabe definir ni juzgar, les imita, les cree y sigue su funesto ejemplo! Cuántos y cuántos males se ocasionan con esto á ese catolicismo, del cual se proclaman fieles defensores, siendo, sin embargo, sus mas temibles enemigos!

Ahora, mi dulce Elisa, como el viajero que camina por áridos pedregales y por sendas llenas de precipicios y de abrojos y llega á un valle perfumado, á un oasis encantador donde descansa y respira y toma aliento, así mi espíritu, fatigado con la descripcion de los anteriores tipos, reposa un instante en el recuerdo del verdadero católico, cuyos pasos quiero que sigas.

¡Ay, hija mia! ¡qué paz tan dulce, qué belleza tan santa, qué pureza tan infinita se reflejan en un alma cristiana: en una de esas almas sencillas y creyentes, que hacen el bien sin ostentacion y que se apartan del mal sin ruido!

Ellas son como el arroyo trasparente y cristalino que oculto entre la verde yerba, fecunda y fertiliza cuanto encuentra á su paso! Son como la purísima luz de la blanca aurora, que llena de suave claridad el mundo todo cuando aparece en el Oriente.

Y como la fé, y la esperanza y el amor anidan en esas almas, están siempre dispuestas, en su eterna abnegacion, á sacrificar su vida por sus creencias, y su reposo por el desgraciado.

Con la frente alta, con la mirada serena, sin temblar ante los peligros, combaten el mal y reprimen el vicio donde quiera que le encuentran, y derramarían su sangre gota á gota por la santa y sublime idea de Dios.

El verdadero católico se inclina humildemente ante las cosas sagradas, y quiere que en las ciudades y en las aldeas, en la montaña y en el valle, en el oscuro rincon del hogar como á la brillante luz del sol; bajo la bóveda del templo y públicamente; bajo todas fases y en todas formas, se dé culto á Dios, de quien recibe el hombre vida y felicidad, y esperanza y consuelo.

El verdadero católico, Elisa, compadece en vez de censurar; perdona muy lejos de castigar, y jamás mancha su boca con la crítica ó la calumnia.

El verdadero católico es aquel que da la limosna sin ofender con torpes sospechas al necesitado, ofreciéndola en nombre de Dios y por Dios tan solo.

Es la representacion de la caridad amparando al que sufre y consolando al que padece.

Es el emblema de la fe que cree y no discute, que acata los preceptos divinos y que cumple los sagrados deberes que Dios le impone, alzando la vista al cielo y sin fijarla un punto en la tierra.

Es, Elisa, es la encarnacion de la esperanza divina, que con santa abnegacion, con resignacion completa soporta las penalidades y la amargura y el sacrificio, porque sabe que esta tierra es un valle de lágrimas, y que hay eternos premios para el que llega purificado al término de la jornada!

Sé tú como estos hijos predilectos de Dios, Elisa mia, y no te alarmes si ves que los que se nombran cristianos, sin serlos realmente, correspondan tan mal á este hermoso título!

No les juzgues con severidad, porque tal vez sus errores sean producto de su ignorancia; pero apártate de ellos y no les imites en sus acciones.

Sé tu pura y humilde, indulgente y caritativa, y si quieres acercarte á la perfección, piensa que hay tres llaves seguras para abrir las puertas del cielo; tres virtudes que nos acercan á Dios, y elevan sobre el polvo del mundo nuestra existencia.

La fe segura, la caridad divina y la santa esperanza.

El que las comprende bien, el que las practica en su verdadera acepción, ni faltará nunca á sus deberes, ni deshonrará el nombre de católico, ni equivocará el camino de su feliz eternidad.

Yo, hija mia, además de cuanto te llevo dicho, te hablaré mas extensamente del verdadero católico en otra de mis cartas, y ya que hoy me he extendido mucho al hablarte del mal y de los vicios que nos rodean por doquiera, pondré ante tu vista tambien grandes virtudes y grandes cualidades que quiero que aprendas á imitar.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(CONTINUACION).

Al cabo de algunos instantes de silencio, el anciano dirigió una mirada en torno, y dijo á la jóven que permanecía en la misma actitud.

—Esta larga enfermedad exaspera mi carácter, y á veces soy brusco, arrebatado, Margarita; hoy, sobre todo, me siento violento, contrariado.

—¡Oh! si Dios cediera á mis súplicas, si recobrara V. la salud! ¡se lo pido tanto! lo deseo con tal ardor! ¡Seríamos todos tan felices si viéramos de nuevo á V. feliz y alegre!

—¡Quién sabe! murmuró el Sr. de Enriquez, respondiendo á la par que á su hija á sus ocultos pensamientos; ¿quién sabe si es mejor así? y despues añadió muy bajo: dicen que al que mucho sufre, mucho se le puede perdonar tambien!

Margarita no pudo escuchar estas frases, pues llamó su atención el ruido que la puerta hacía al abrirse, y la presencia de un criado que apareció en el dintel.

—¿Qué quiere V.? le dijo la jóven viéndole allí.

—Señorita, respondió el servidor humilde-

mente; Martin, el guarda-bosque de D. Diego de Avendaño, acaba de llegar y quiere hablar con mi señor.

Aquel nombre hizo estremecer al padre y á la hija.

El anciano palideció densamente al escucharle; la niña sintió que sus mejillas se teñían de un vivo carmin.

—¿Que quiere verme á mí! preguntó el primero con voz sombría.

—Sí; eso ha dicho, y como otras veces....

—Vé y hazle entrar; dijo el Sr. de Enriquez con precipitación y sin dejar al criado terminar la frase.

Éste salió y el enfermo dijo á su hija:

—Déjame solo, Margarita; déjame solo con Martin.

La jóven no se hizo repetir la orden y salió rápidamente de la estancia.

Sin embargo, al llegar al corredor que precedía al salon donde quedaba su padre, detuvo el paso y caminó con lentitud.

Esto tenia por objeto esperar allí la llegada del guarda-bosque, pues al verle, Margarita se dirigió hácia él, preguntándole en voz muy baja y muy rápida á la par:

—¿Y Rafael?

—En la glorieta del jardin.

—¡Ah! te ha dicho....

—Que allí esperaba á V.

—¿Y si mi padre?....

—¡Oh! no tema V. por eso. El Sr. de Enriquez tendrá mucho gusto en hablar conmigo un largo rato. Dijo el guarda-bosque con un acento tan irónico, que hubiera llamado la atención de otra menos preocupada ó menos sencilla que Margarita.

—Gracias, Martin, exclamó con afectuosa voz; gracias.

Y ligera como el pensamiento se dirigió á la escalera que conducía á la planta baja de la quinta.

Martin, entre tanto dió algunos pasos hácia la entrada de la estancia, donde se encontraba el padre de Margarita.

Aquella casa y aquella habitación debían serle conocidas, pues no vaciló un instante, y levantó con mano segura la cortina que cubría la puerta.

El anciano tenia los ojos clavados en aquella dirección, y al ver á Martin murmuró de un modo tal que nadie pudiera oírlo:

—¡Oh! ese hombre es mi conciencia: ese hombre es mi tormento y acabará por matarme.

El guarda-bosque, sin escuchar estas frases, pero adivinándolas acaso, se adelantó lentamente.

te con la sonrisa en los labios y con una expresión atrevida en el semblante.

—Me han dicho que deseabas hablarme; murmuró el Sr. de Enriquez, con acento alterado y medroso.

—Así es la verdad; contestó friamente Martin.

Ambos callaron un momento hasta que el anciano, á quien la presencia de aquel hombre causaba sin duda violencia y malestar,

—Y bien, dijo, ¿qué me querías?

—En primer lugar que estuviésemos completamente solos.

—Solos estamos, pues mi hija, que es la única persona que me acompaña, acaba de salir de aquí; la he mandado que se aleje suponiendo que no querías que nos oyese.

—Pesch, dijo Martin; estas precauciones las tomo mas que por mí, por V. mismo.

—En buen hora, cierra esa puerta y habla; pero pronto.

El guarda-bosque corrió el cerrojo y despues vino á colocarse de nuevo frente al infeliz parálítico.

—¿Qué vas á decirme? preguntó éste otra vez.

—Es muy sencillo, señor; que necesito dinero.

—¡Dinero!

—¡Oh! sí.

—Hace un mes que....

—Hace un mes que vine á decir lo mismo, es verdad.

—Entonces....?

—Ya sabe V. que hay memorias que mortifican, que dan espanto; que hay un acento muy quedo en el fondo de nosotros mismos, que dice á veces palabras que nos erizan el cabello; á ese acento solo se le puede apagar con la embriaguez: entonces nada oímos, nada pensamos: estamos alegres y satisfechos, y nada nos acobarda; por eso es preciso pasar embriagados la mayor parte de los dias, y de las noches sobre todo. Yo necesito hacerlo así, y cuando apuro una botella el oro se me va de entre los dedos sin saber cómo.

—¡Ah! y por eso...?

—Por eso he gastado ya el que me dió V. en nuestra última entrevista, y vengo resuelto á pedirle mas. ¡Oh! y estoy seguro que no me lo negará, porque V. tambien debe saber cuán horribles, son esas noches en que la conciencia grita y no podemos hacerle callar.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

AL SACRAMENTO.

Cenantibus autem eis, accepit Jesus panem, et benedixit ac fregit, deditque discipulis suis et ait: «Accipite et comedite, hos est corpus meum.»

(S. Math. cap. 26. v. 26.)

Señor Omnipotente, cuyo nombre
el cielo inunda y el espacio llena,
y le pronuncia con respeto el hombre,
y entre armonía plácida y serena
en el laud de los querubes suena:

Tú, que le diste lánguido murmullo
á la limpia corriente,
y misteriosos ecos al ambiente,
y á la paloma su sentido arrullo
cuando gime en la selva tristemente:

Tú, que alientas la voz del ronco trueno,
cuando pujante estalla,
y un eco sordo de amenaza lleno
arrancas de la mar al hondo seno
cuando pretende trasmontar su valla:

Tú, que con tu mirada de dulzura
del furioso huracan calmas las iras;
Tú, cuya voz segura
evoca un mundo de la nada oscura
y aparecer ante tus piés le miras:

Tú solo eres la paz y la esperanza,
el bien exento de inquietud y enojos,
el iris de bonanza,
y fulgura en tus ojos
la luz de la divina confianza.

Yo te adoro, Señor, cuando radiante
apareciste en Sinaí á tus greyes,
y entre el trueno y el rayo fulminante
dictaste, Rey de Reyes
al pueblo de Israel tus santas leyes:

Cuando su planta débil y abrasada,
con tierno y santo y paternal desvelo,
guiaba tu mirada,
y en la extension de arena calcinada
el maná le mandaste desde el cielo:

Cuando de Faraon enfurecido
burlando el torpe enojo,
á aquel pueblo oprimido
abriste, de su mal compadecido,
ancha senda en las aguas del mar Rojo:

Cuando culpas sin cuento
perdonaste á María Magdalena;
y aun mas te adoro, de esperanza llena,
cuando por alimento
te das al hombre en la Sagrada Cena.

¡Indecible y augusto beneficio!!
El Dios Omnipotente, el increado,
de arcángeles y justos ensalzado,
el que en fiero suplicio
del hombre impuro redimió el pecado;

El que formó la luz del primer día
con solo una mirada de sus ojos,
y dió al viento armonía,
y á la cándida flor matices rojos
y graves ecos á la selva umbría;

El que dió al pez su escama
y á las aves su espléndido plumaje,
al sol su ardiente llama,
que en clara luz inflama
errantes nubes de lijero encaje;

El que dió á la mañana su frescura,
y aumentando su gala y su hermosura
prestóle ténues claridades bellas,
y dió á la noche oscura
el pálido fulgor de las estrellas;

El que llenó de espanto
los horrorosos senos del profundo;
el Dios tres veces santo,
cuyo ser infinito y sacrosanto
con su solo poder creara al mundo;

Aun mas sellando su bondad sagrada
y escribiendo su nombre
en el alma feliz purificada,
elije por morada
hoy el contrito corazón del hombre;

Del hombre, que humillado
vertiendo llanto á mares
por su crimen pasado,
llega, Señor, al pie de tus altares
implorando el perdón de su pecado.

Y tú ejerciendo tu sin par clemencia,
devuelves la blancura
á su manchada y rota vestidura
de cándida inocencia,
y le das á beber tu sangre pura.

¡Omnipotente Dios! mil y mil veces
en aire, y tierra y mar sea bendita

tu piedad infinita,
cuando en medio del mundo te apareces,
y espacio y cielo de placer se agita:

Cuando seguido del celeste coro
te muestras, enjugando nuestro lloro,
rodeado de ardientes querubines,
mientras te dan los puros serafines
dosel y alfombra con sus alas de oro.

Y tú, Granada, la ciudad hermosa
de cielo azul y campos de esmeralda,
la maga deliciosa,
cuya encantada falda,
borda el jazmín y la encendida rosa.

Póstrate reverente; el Dios que adoras
de luz cercado á tu recinto viene,
riega en llanto sus plantas creadoras,
que lágrimas de amor abrasadoras,
siempre para su Dios el alma tiene:

Escoje de tu Alhambra celebrada
las mas hermosas flores,
de perfumes mejores,
y ofrécelas, de amor enajenada,
al supremo Señor de los Señores.

Y plegarias y aroma y armonía
hoy ascendiendo ante su altar divino,
sean en este día
emblema fiel que ante sus piés envía,
de ardiente amor el pueblo granadino.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

»Las frases de Héctor me parecían una horrible profanación, con la cual ofendía lo que existía de mas grande, de mas augusto, de mas sagrado para mí.

»Yo, acostumbrada desde niña á las prácticas de la mas sencilla piedad: yo que en la imagen de la Santa Virgen creía ver á mi divina madre; que al mirar sus ojos benditos creía que me miraba siempre, prometiéndome un mundo de esperanzas con su infinita dulzura y con su bondad infinita.

»Yo, que en mis alegrías le daba gracias; yo, que en mis pueriles pesares de niña iba á implorar su protección; yo, que la había visto siempre velar mi sueño colocada junto á la ca-

»becera de mi lecho; yo, en fin, que confundía
»en un solo amor el rostro de mi madre y aquel
»rostro, trasunto del de la Madre de Dios! ¿Á
»quién invocaría en adelante, privada de es-
»tos dos amores? ¿en quién fijaría mis ojos,
»cuando mis ojos estuvieran empapados en lá-
»grimas? ¿en qué presencia me arrodillaría pi-
»diendo consuelo, cuando mi corazón necesitase
»amparo y sosten? todas estas ideas acudieron á
»mi mente, y me dieron fuerza para insistir en
»mi demanda, con mayor energía, con afán mas
»grande que antes.

—»¡Oh! es preciso que cedas á mi súplica,
»Héctor; es preciso que me complazcas y que
»coloques en esta estancia, aquí, frente á mi le-
»cho, un trasunto de María.

—»¡Aquí! no puede ser, contestó con mayor
»frialdad; ya ves que el sitio que indicas está
»ocupado por el retrato de la que me llevó en su
»seno.

—»Pues bien, yo en su lugar quiero que pon-
»gas un cuadro que represente á la Madre de
»Dios.

—»¿Deliras acaso? ¿pretendes que sustituya la
»realidad con el desvario, la verdad con la utó-
»pia de los sentidos? esa es la imagen de mi ma-
»dre! respétala, pues, Consuelo.

—»¡Yo ambiciono la de la mia al hacerte esta
»petición! contesté con energía.

»Una sonrisa desdeñosa plegó sus labios al es-
»cuchar estas palabras.

—»¡La de la tuya! respondió con marcada iro-
»nia: ¡la de la tuya! ¡extraña credulidad! ¡ridicu-
»la buena fe, llamar madre á un busto ó á una
»pintura y tenerle en estima tal! ¡es mucha la
»necedad de semejantes ideas!

—»¡Oh! Héctor, Héctor, murmuré con pena;
»no escarnezcas mis santas creencias, haciendo
»alarde de tus dudas.

—»¿Y cómo pretendes que esté de acuerdo con
»un absurdo? ¿cómo pretendes que crea en él?

—»Cuando tú me has dicho señalando á ese
»lienzo: «esa es la que me dió el ser; quiérela,
»por amor mio» ¿he dudado de tus palabras, Hé-
»ctor?

—»¡Oh! eso es distinto!

—»No lo es; yo no conocí á tu madre, y sin
»embargo, la veo ahí, y amo su recuerdo encar-
»nado en esa figura.

—»Te repito que no es lo mismo.

—»¿Y por qué?

—»Yo conocí á mi madre, recibí sus caricias,
»la ví exhalar el último suspiro: siento ahora
»mismo, al hablar de ella, una emoción terrible,
»que acelera los latidos de mi corazón, porque
»aun suena en mi oído su postrer acento, porque

»aun su última mirada está fija ante mis ojos. Tú
»no puedes decir lo propio; tú misma no has vis-
»to lo que quieres hacerme creer.

»Vacilé un instante; pero despues, cogiendo
»su mano, le arrastré conmigo á nuestro peque-
»ño salon.

»Allí, destacando sobre el fondo de la pared,
»había dos retratos de familia: eran el abuelo y
»el padre de Héctor.

—»¿Quién es ese anciano? pregunté señalán-
»dole al primero.

—»Mi abuelo paterno: un noble y leal caballe-
»ro; respondió sin vacilar.

—»¿Y este otro? proseguí indicándole el se-
»gundo, que representaba á un hombre joven
»aun, pero de un aspecto melancólico y doliente.

—»Mi padre, añadió con pesar; mi padre, á
»quien no conocí, y que terminó sus días con el
»cañon de una pistola!

—»¿No le conociste, es verdad? al menos así
»me lo has repetido otras veces.

—»¡Oh! y es cierto! ¿pero dónde vas á parar?

—»Y era tu padre, y fué desgraciado, leal y
»digno; y si alguno pusiera en duda su honra-
»dez ó la pureza de tu origen serias capaz....

—»¡De todo! ¡oh! de todo! ¿quién había de atre-
»verse á hacerlo!

—»Ya ves que no es preciso ver para creer,
»Héctor, y que para ello basta con la fe de la ra-
»zon, ó lo que es mas aun, con la fé del alma.

—»Basta, dijo mi esposo con dureza; te has
»complacido en traer á mi memoria recuerdos
»bien tristes, Consuelo; recuerdos que me ha-
»cen mal!

—»Pero ya ves....

—»¡Nada me digas!

—»¡Héctor!

—»No insistas en tus desvaríos, porque solo
»conseguirás provocar mi enojo y hacerme olvi-
»dar que te amo, y quiero vivir unido á ti aun-
»que los dos pensemos de distinto modo.

»Al decir esto salió de la estancia dejándome
»sola y llena de dolor.

»¡Ay de mí! ¿dónde estaban mis esperanzas!
»¿qué se habían hecho mis sueños del porvenir!

»Yo juzgaba á Héctor un desgraciado; pero no
»le había creído incapaz de volver á sentar su
»planta en la senda del bien.

»Hasta entonces su carácter había sido triste
»y sombrío, pero complaciente y bueno para mí.

»Era, pues, la vez primera que había contes-
»tado con un *no* á una súplica mia.

»Era la primera vez que se oponía resuelta-
»mente á mi voluntad, haciendo alarde de la
»suya.

»Solo entonces comprendí que era una débil

»mujer, impotente acaso para lograr los ardientes deseos de mi alma.

»Solo entonces comprendí que tenía que luchar mucho y que la victoria era dudosa.

»Lloré amargamente al adquirir esta convicción y temblé ante la idea de mi suerte futura.

»La diversidad de ideas, la diversidad de gustos, pueden combinarse entre dos personas que se amen; pero la diversidad de creencias no es posible avenirlas nunca.

»Yo, hasta aquel día, tampoco había sabido toda la verdad.

»Juzgaba que Harry era un espíritu descreído, exasperado por la desgracia, pero no había penetrado todavía su exacto modo de pensar.

»Para combatir un mal es preciso conocerle á fondo.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

FLORES DEL CIELO.

EL RESCATE DE UN CAUTIVO.

(Continuación).

Ermosigio abandonó á Córdoba con el corazón transido de dolor.

Dejaba en ella al tierno Pelayo, á aquel niño á quien amaba con extremo por su inocencia, por su candor y por su extraordinaria belleza.

El anciano temía y anhelaba llegar al término de su viaje.

Se estremecía al pensar el dolor que iba á causar á los padres de Pelayo con la noticia de su cautiverio; pero deseaba poner los medios para que este tuviera término.

Los caballeros cristianos que le acompañaban apenas podían seguir su rápida marcha, y en vano se esforzaban por sacar al virtuoso prelado del estado de ansiedad y abatimiento en que se encontraba.

—Animaos, señor, le decían á cada paso; dentro de breves días volveremos á traer á ese rey moro el rescate exigido, y Pelayo volverá en triunfo á nuestro campo, puesto que por él recuperamos hoy nuestra libertad.

—¡Oh! ¡pobre niño! murmuraba Ermosigio; ¿podrá resistir los tormentos que le esperan entre tanto? ¿no morirá de hambre ó de terror en aquel inmundo calabozo? ¿Podrá resistir acaso el horror de su situación? Su cariño hacía mí le ha traído á estos sitios; se ha mostrado por verme resuelto y animoso; en su inexperiencia solo ha

escuchado el grito de su generoso corazón para correr en busca mía; pero es un niño, tiene solo diez años y está acostumbrado á la comodidad y al regalo del techo paterno! ¡ay! los infieles han sabido escoger bien sus rehenes entre nosotros, porque todo cuanto poseemos, tanto yo como los padres de Pelayo, les daremos gustosamente para conseguir la libertad de ese adorado niño.

—Y nosotros también, señor; nosotros también ofrecemos nuestras riquezas para lograr ese mismo objeto, si las vuestras no bastasen; se apresuraron á decir algunos caballeros cristianos.

—Gracias, hijos míos, gracias: lo que deseo es que apresuremos nuestra marcha, pues cada hora que pasa me parece un siglo.

Los caminantes espolearon sus cabalgaduras, y marchando al escape no volvieron á pronunciar palabra, adelantando en poco tiempo algunas leguas de jornada.

Era el segundo día de marcha.

El sol iba á ponerse, la tarde tocaba á su fin, y la comitiva andaba sin cesar, no pensando por un instante en detenerse á descansar, sin embargo de que la fatiga les agobiaba y el cansancio parecía abrumarlos.

De pronto, y al volver un recodo del camino, una nube de polvo que divisaron á larga distancia, les hizo detenerse y fijar un punto su atención.

Todas las miradas se fijaron con ansiedad en aquel objeto, que avanzaba con una rapidéz prodigiosa, y al postrer crepúsculo de la tarde pudieron distinguir los blancos alquiceles y las brillantes medias lunas de un ejército musulmán.

Los cristianos vacilaron.

¿Qué era lo que iba á suceder?

La hueste seguía avanzando.

El peligro para los cristianos era inminente, pues se veían amenazados de ser prisioneros por segunda vez, pues aquella tropa era procedente del califato de Antequera, y en aquellos tiempos de lucha y guerra no existía mas ley que la del mas fuerte.

El número de los moros era diez veces mayor que el de los caballeros cristianos, y sin embargo éstos decidieron vender su libertad solo al precio de sus vidas.

Los ginetes moros les habían visto también, y aceleraron el paso picando sus cabalgaduras.

Un instante después llegaron junto á los cristianos, y se extendieron por el campo procurando cortarles la retirada.

El valor, el arrojo, la decisión del Obispo de Tuy fueron inútiles, pues aquella horda de bár-

baros no trató de aprisionarlos siquiera, sino de exterminarlos por completo.

El ángel de la misericordia debió cubrir su purísima frente con sus alas, por no presenciar aquella lucha, pues la carnicería fué espantosa.

Ni uno solo de los cristianos quedó con vida: ni uno solo se salvó de cuantos habían salido de Córdoba un día antes.

¡Pobres víctimas del furor y de la barbarie de los sectarios de Mahoma!

¡Pobre Ermosigio, cuyas nobles canas y cuya alta dignidad no le salvaron de perecer entre sus hijos!

¡Pobre Pelayo, pobre niño cuya suerte ignoraban sus padres, y que quedaba sin salvación ni esperanza en una sombría mazmorra!

(Continuara).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

VARIETADES.

EL MÉDICO IMPROVISADO.

Dulce es siempre el beneficio que de nuestros hermanos recibimos; pero si va acompañado de la sorpresa, parece nos deleita mas y mas.

Paseábase un elevado personaje, solo é incógnito, por una de las calles mas pobres de Viena, cuando se le acerca un jovencito de unos doce años, que con ojos bajos, voz balbuciente, y derramando lágrimas, le pide una limosna por Dios. El porte decente, los modales finos, el rubor de las mejillas y cierta timidez del niño, causaron viva impresion en el ánimo del personaje, el que con sumo cariño dijo al mendigo:

—Parece, hijo mio, que tú no has nacido para pedir limosna. ¿Cómo, pues, la pides?

—Es verdad, no nací para mendigar.... pero la desgracia de mi padre y el estado en que mi madre se encuentra me obligan á ello.... hoy es el primer día.

Esto dijo sollozando de modo que apenas se le entendía.

—¿Quién es tu padre, hijo mio?

—Era un negociante de bastante crédito que ya comenzaba á reunir una respetable fortuna: la bancarota de un corresponsal le sumió en la mas completa miseria; apoderóse de él la tristeza y falleció de pesar. Mi madre quedó con un hermanito pequeño y conmigo, sin saber cómo alimentarnos. Tuve la suerte de que un amigo de mi padre se encargara de mí, y con su trabajo mi madre mantenía á mi hermanito; pero esta noche ha sobrevenido á mi madre un mal tan violento, que temo por su vida; nada tengo, me ruborizo al tener que molestar á mi bienhechor, no tengo valor para presentarme á mis conocidos y manifestarles mi situación; V., que me es desconocido y que me parece de buen corazón, ¡apiádese de mí! ¡por el recuerdo de su madre! ¡por Dios!... ¡sea mi providencia!

—¿Está muy lejos de aquí tu madre?

—Al extremo de esta calle, en la última casa de la izquierda, piso tercero.

—¿No la ha visitado médico alguno?

—Señor, ¿cómo le pagaré su trabajo, y con qué pagaré los remedios que recete?

—Toma, dijo el desconocido entregándole alguna moneda, vé á buscar un médico y cuida bien á tu madre; Dios no te abandonará.

El jóven toma las monedas, y llorando á lágrima viva besa la mano al caballero y parte apresuradamente. El personaje forma la intencion de visitar á la viuda, y subiendo la escalera de la casa indicada por el niño, entra en una reducidísima habitación, cuyo mueblaje consistía en dos pobres sillas, una mesa ordinaria, un menaje de cocina el mas pobre, pero aseado; una cama con jergon, donde estaba la enferma; y un colchon en el suelo donde estaba sentado un tierno niño de tres años llorando. La pobre madre trataba de consolarle, pero inútilmente.

Conmovido el personaje se acerca al lecho, toma el pulso á la enferma, y le pregunta los síntomas de la enfermedad.

—Señor, dijo la enferma exhalando un profundo suspiro; temo que la medicina no podrá curar mis males; soy madre y madre infeliz de dos mas infelices niños; mi corazón no puede sufrir mas, voy á morir; pero ¿qué será de mis hijos?

—No os afijais, señora; el Señor es misericordioso y no permitirá que se vean abandonados. Comprendo vuestra situación y os compadezco; pero no temais, calmaos, enjugad vuestro llanto y procurad conservar vuestra vida, que para vuestros hijos es preciosísima.

Arrancó de un libro de memorias una hoja de papel, y entregándola á la enferma despues de haber escrito, le dijo:

—Este remedio confío os curará; por si fuere necesario algo mas, ya volveré; pero tengo la esperanza de que dentro de poco quedareis curada.

Y diciendo esto partió.

Entró poco despues el hijo mayor, y abrazando á su madre, la dijo:

—Albricias, madre mia; el Señor se apiada de nosotros: todo este dinero me lo ha dado un caballero forastero; ya he ido por un médico y V. se curará.

—Sí, hijo mio, sí; Dios protege tu inocencia y tu buen corazón. Acaba de venir un médico desconocido y ha dejado encima de la mesa una receta; recógela y vé por la medicina.

Toma el niño la receta, la lee, y queda como atónito, sin saber lo que le pasaba.

—¿Qué tienes, Manuel? ¿qué te pasa?

Acertando apenas, entrega el papel á su madre.

—¡Cielos! ¡el Emperador!

En efecto, el papel era una orden del emperador Augusto José, señalando de su peculio particular una pensión á la madre, y dando una colocación al bueno de Manuel.

Llegó entre tanto el médico verdadero, recetó medicamento para la madre, y poco á poco quedó completamente restablecida.

El generoso monarca, colmado de bendiciones, tuvo la satisfacción de devolver la tranquilidad y hacer la felicidad de una familia perseguida por la desgracia, pero temerosa de Dios.

Nunca jamás el justo se vé abandonado.—P. V.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.